

LA BUENA NUEVA

REVISTA POPULAR CATÓLICA

RELIGION, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Director: ABDON DE PAZ

Año I.

Madrid 25 Diciembre 1873.

Núm. 6.

SUMARIO

Revista general, por Hortensio.—El Protestantismo (conclusion), por D. Abdon de Paz.—Teatro Español, por D. Leopoldo Augusto de Cueto.—El consejo de un padre, poesía de Calde-

ron.—Epístola fúnebre, por D. Enrique Perez Escrich.—Un rayo de sol (conclusion), por D. Amalio Gimeno.—Pensamientos.—Miscelánea.

REVISTA GENERAL

La Santa Sede y la República Española.—Decreto del Ministerio de Fomento contra la demolición de monumentos artísticos.—Solemnidad en el palacio del Senado para honrar la memoria del insigne Breton de los Herreros.—Crónica teatral.

Por un acto noble y trascendentalísimo, cual es el de que la República Española reanude las relaciones con el Vaticano, hoy que los mayores tiranos de Europa conspiran en su contra; algunos partidarios del principio de Cavour «la Iglesia libre en el Estado libre,» combaten al Sr. Castelar de la manera más despiadada.

Concretemos la cuestión. ¿De qué suerte pretenden dichos señores que se realice aquel principio? ¿Devolviendo á la Iglesia los bienes que se le vendieron? ¿Satisfaciéndole el Estado los atrasos que se le adeudan de la asignación de culto y clero, reconocida en los concordatos como compensación de aquella venta? ¿Otorgándole lisa y llanamente la libertad de acción, que le otorgan gobiernos tan democráticos como los de Bélgica y Estados-Unidos? El asunto presenta solo estas tres soluciones. Cuál de ellas elijen? Porque si lo que se intenta, como acontece en alguna nación, juguete del despotismo de un ministro, cuando no del de una mayoría descreída, es negar á la Iglesia lo que á cualquiera otra asociación se concede; ella misma sería la primera en protestar en nombre de la libertad y la igualdad, en nombre del derecho y la justicia, contra semejante esclavitud, contra semejante privilegio, tan antisocial como absurdo, que, llevando las cuestiones al terreno, no de la serenidad de la razón, sino del apasionamiento de la fuerza, lejos de ser el iris de paz en la tormenta que nos rodea, sería nueva ó inmensa catarata que al deshacerse en general diluvio á todos nos alcanzaria.

Por otra parte, ¿no ha sostenido la república federal suiza, hasta hace poco que se puso al servicio de la diplomacia berlinesa, relaciones de estrecha amistad con la corte pontificia? ¿Las Cámaras helvéticas, volviendo por su propia honra liberal, no han repro-

bado la conducta del Consejo federal, precisamente por haber roto aquellas relaciones? ¿Con la misma mano con que lanzaba su anatema al rey de Italia y al emperador de Alemania, no ha bendecido Su Santidad al actual presidente de la República Francesa, y no ha aceptado las propuestas de las sedes vacantes que acaba de hacerle la República Española, como para desvanecer las preocupaciones de gentes que pretendían sostener la incompatibilidad de nuestra religión con ciertas formas de gobierno? ¿Acaso se trata de elevar á algun sacerdote, ignorante ó vicioso, que hubiese trocado el templo por el club, ó la cruz por el trabuco? ¿No se trata de profundos teólogos, de insignes filósofos, de ilustres literatos, modelo de virtud y de ciencia, como son los nombrados y los que se indican para nuevas promociones? ¿A qué tanta alharaca? ¿A qué vocerío tan extremado?

Ah! Hablemos como hombres; no gritemos como beodos. No manchemos con el lodo de nuestras terrenales miserias lo que debe estar por cima de ellas. Y entretanto, mientras pedimos á unos la razonable imparcialidad, propia de toda persona sensata, repitamos á otros aquellas bellísimas frases, pronunciadas por el Vicario de Jesucristo el 13 de abril del año próximo pasado ante más de 400 distinguidos extranjeros de Europa: «Hay un partido, que teme demasiado la influencia del Papa. Hay otro partido, opuesto á este, muy intolerante, que olvida por completo las leyes de la caridad. A aquellos recordando la humildad, á estos la caridad, y á todos la unión, la paz y la concordia.»

Nosotros, que no hace mucho clamábamos contra la profanación y destrucción de nuestros más bellos monumentos artísticos, escesos tan frecuentes en estos últimos tiempos, no podemos menos de elogiar el importante decreto, fecha 16 del actual, por el cual, no ya se prohíbe terminantemente á los ayuntamientos y diputaciones que destruyan los edificios que por su mérito sean dignos de ser conservados,

sino que se obliga á las citadas corporaciones á que reedifiquen, á ser posible, aquellos que hayan sido demolidos, á cuenta de quienes hubiesen dado la bárbara orden de demolición.

En el preámbulo, galanamente escrito, se leen estas frases, que enaltecen al Presidente del Gobierno, Sr. Castelar, y al Ministro de Fomento, Sr. Gil Berges, que las suscriben: «La República, que mira hácia el porvenir sin renegar en absoluto del pasado, no puede consentir esos excesos que la deshonorarían; no puede hacerse cómplice de esos actos vandálicos que, ó revelan supina ignorancia en sus autores, ó son el triste fruto de una fatal tendencia, tan criminal como insensata, que aspira á levantar el edificio del progreso sobre las ruinas de la sociedad entera; confunde la santa igualdad del derecho con la monstruosa nivelación de la barbarie; y entiende por República y democracia, no el gobierno del pueblo por el pueblo mismo, sino el sangriento caudillaje de las turbas.»

*
**

Bajo la presidencia del Sr. Calderon Collantes, y con la concurrencia de las más distinguidas y bellas damas de la sociedad madrileña y de las notabilidades científicas, políticas, literarias y artísticas, tuvo lugar en la tarde del 21 del corriente, en el palacio del Senado, la gran solemnidad dedicada á la memoria del insigne poeta D. Manuel Breton de los Herberos, que habia anunciado la prensa.

A las dos se dió principio al acto con un breve discurso, que leyó nuestro respetable amigo el eminente literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Siguió la lectura de parte del prólogo del mismo señor á las obras del autor de *Marcela*, y algunas observaciones acerca de sus demás obras poéticas, por el distinguido crítico D. Manuel Cañete.

Fueron muy aplaudidos los magníficos trozos de comedias bretonianas y el artículo de costumbres *La Castañera*, leídos con entonación y gracia por doña Matilde Díez, doña Joaquina Balmaseda, doña Elisa Mendoza y D. Joaquín Arjona. También fueron muy aplaudidas la cantata de los Sres. Coello y Arrieta y la barcarola *La Batelera de Pasajes*, glosada por dicho Sr. Coello y puesta en música por el mencionado Sr. Arrieta, ejecutadas con mucho acierto por los alumnos de ambos sexos de la Escuela Nacional de Música y reputados profesores, bajo la acertada dirección del popular D. Jesús Monasterio.

A las cuatro y media el Sr. Hartzenbusch dió por terminado el acto, saliendo tan escogido auditorio sumamente complacido de dicha solemnidad.

*
**

El acontecimiento más notable en la Opera ha sido el debut de la Sra. Edelsberg en *El Profeta*. En su difícil papel de *Fides* probó que es una artis-

ta de primer orden, que reúne por completo genio y estudio, distinción y elegancia. ¡Lástima que los esfuerzos del Sr. Robles no sean correspondidos por el público de la manera que se merecen!

En el clásico Español continúan las representaciones de las obras de Breton de los Herreros, habiendo obtenido merecidos aplausos Mario en *El pelo de la dehesa*, la Valverde en *Una vieja*, la Mendoza en *Errar la vocación*, la Sanz en *Un novio á pedir de boca* y en *Marcela* las Sras. Perez y Lombía y los Sres. Morales, Maza y Alisedo.

García del Castañar, *Un inglés y un vizcaino*, magnífico arreglo del francés, y *Dios los cria y ellos se juntan*, elegida para el beneficio del popular Mariano Fernandez, han sido las obras con cuya representación en Apolo ha honrado el Sr. Catalina la memoria de tres grandes poetas: Rojas, Ventura de la Vega y Breton. En la segunda de ellas, tanto la elegante y linda Sra. Alverá, que habia debutado en *La llave de la gaveta*, como el Sr. Cepillo, de cuya presentación en la escena dimos ya noticia á nuestros lectores, probaron segunda vez las excelentes dotes que les adornan.—Nuevos *portiers*, un calorífero en la sala y mayor alumbrado en las plateas, han completado el adorno del suntuoso coliseo. El galante señor Catalina, tan notable actor como director inteligente, no merece en verdad las censuras que algun periódico le dirige, sino los aplausos de todos y el favor del público en justa recompensa á su incansable afán por el arte.

En Jovellanos continúa *Adriana Angot* proporcionando grandes entradas al Sr. Salas, el cual ensaya *Ildara*, letra de Puente y Brañas y música de Oudrid.

Por último, con *Luz y sombra* y *El loco de la guardilla*, ha vuelto á abrir sus puertas el Circo en la noche del 22. En la nueva compañía de zarzuela, que dirige el distinguido artista Sr. Obregon, figuran las tiples Sras. Santamaría y Villó, los tenores señores Cortabitarte y Soler y el bajo Sr. Daly. Deseamos buen éxito á la empresa.

HORTENSIO.

EL PROTESTANTISMO

(Conclusion).

¿Del misterio de la Trinidad, reconocido hasta por los egipcios y los indios, no nos hablan los libros todos del Antiguo Testamento? ¿No anuncia Isaias el de la Encarnación, que refieren circunstanciadamente San Mateo y San Lucas en los primeros capítulos de sus evangelios? ¿Abraham, sacrificando á su hijo Isaac, no nos profetiza el sacrificio que Dios habia de hacer de su propio Hijo por la Redención del linaje humano, como le profetizó después el mismo Caifás, declarando providencial é inconsciente-

mente «que convenia que Jesús muriera por el pueblo? (1)» ¿No está probada la Resurrección del Salvador por el testimonio de los cuatro evangelistas, que nos refieren su aparición, después de resucitado, á la Magdalena, á María de Cleofás, á Salomé y á Juana, mujer de uno de los administradores de Herodes, á San Pedro, Santiago el Menor, Santo Tomás, á todos sus apóstoles reunidos y á no pocos de sus discípulos? ¿No es lógico el misterio de la Concepción y nacimiento, sin pecado original, de la siempre Virgen María, misterio tradicional desde los primeros días del Cristianismo?

Pasemos á los sacramentos, cuya institución no puede aparecer más sabia y acertada, como obra que es de Jesucristo, pues si por el Bautismo renacemos á la vida de la gracia, por la Confirmación robustecemos nuestra fe, por la Penitencia sanamos de la enfermedad de la culpa, por la Eucaristía alimentamos nuestra alma, por la Extrema-Unción nos liberamos de las reliquias del pecado, por el Orden Sacerdotal gobernamos la Iglesia y por el Matrimonio crecemos y nos multiplicamos corporalmente, para mayor gloria de Dios y honra nuestra.

Y que Jesucristo los instituyó expresamente es indudable.

Jesucristo es bautizado en las aguas del Jordán. Después dice á los apóstoles: «Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (2).»—¿No está aquí expresamente instituido el sacramento del Bautismo?

Jesucristo dice á sus discípulos: «Juan en verdad bautizó en agua; más vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo (3).» Y el Espíritu Santo descende sobre ellos el día de Pentecostés (4), y les purifica y robustece en su fe cristiana.—¿No está aquí expresamente instituido el sacramento de la Confirmación?

Jesucristo dice á sus apóstoles: «A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y á quienes se los retuviérais, les serán retenidos (5).»—¿No está aquí expresamente instituido el sacramento de la Penitencia?

Jesucristo consagra el pan y el vino en la última cena y se lo da á sus discípulos, á quienes dice: «Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros; esto haced en memoria de mí. Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que por vosotros será derramada (6).»—¿No está aquí expresamente instituida la Eucaristía como sacramento, para alimento espiritual de los fieles, y en las palabras «esto haced en memoria de mí» la Eucaristía como sacri-

ficio, la Santa Misa, en la que el sacerdote se ofrece incruentamente á Dios, en recuerdo del sacrificio cruento de Cristo en la cruz?

Jesucristo dice por boca del apóstol Santiago: «Enferma alguno entre vosotros? Llame á los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en nombre del Señor (1).»—¿No está aquí expresamente instituido el sacramento de la Extrema-Unción, insinuado por uno de los cuatro evangelistas cuando refiere que los apóstoles «ungían con óleo á muchos enfermos y sanaban (2)»?

Jesucristo repite encarecidamente por tres veces al primero (3) de los doce apóstoles: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas (4).» En otra ocasión le advierte: «Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (5).» Y en otra: «Simon, Simon, yo he rogado por tí que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos (6).»—¿No está aquí expresamente instituido el sacramento del Orden Sacerdotal, á la vez que la supremacía de los Pontífices de la Iglesia?

Jesucristo dice: «El hombre dejará á su padre y á su madre, y se juntará con su mujer, y serán dos en una carne. Así que ya no son dos, sino una carne; por tanto lo que Dios juntó no lo separe el hombre (7).»—¿No está aquí expresamente instituido el sacramento del Matrimonio, establecido por Dios Padre desde el principio del mundo como contrato natural entre Adán y Eva?

Comprendo que se pida que el letrado se dedique á las letras, el militar á la milicia y el eclesiástico á su sobrehumano ministerio, sin inmischirse en las cosas del mundo, donde tan tempestuosas pasiones se agitan; pero jamás comprenderé que, por los misterios que se llaman sus defensores, se intente herir de muerte la religión del Crucificado, negando en mayor ó menor número sus misterios y sacramentos, y procurando burlarse á todas horas de su culto.

¿Qué móviles impulsarian ó impulsarán aún á los protestantes á seguir semejante conducta?

Estudiemos.

Lutero se asemeja mucho á Mahoma en los medios de que se valió para su propaganda religiosa. Convencido el llamado Profeta de Alláh de que, para atraer á sí algunos secuaces, necesitaba halagar la sensual imaginación de los hijos de la Arabia, les inventó un eden á su gusto, principiando por colocar en el primer cielo un gallo inmenso, ocupado en alegrar con su canto á Dios, y concluyendo por poblar el sétimo y último cielo de millares de millares de

(1) San Juan, XI, 50. (2) San Mateo, XXVIII, 19. (3) Hechos de los Apóst., I, 5. (4) Id., II, 1 y sig. (5) San Juan, XX, 23. (6) San Lucas, XXII, 19 y 21.

(1) Epist. del Ap. Sant., V, 14. (2) S. Marcos, VI, 13. (3) S. Mateo, X, 2. (4) S. Juan, XXI, 15-17. (5) S. Mateo, XVI, 18. (6) S. Lucas, XXII, 31 y 32. (7) S. Mateo, XIX, 5 y 6.

huries, vírgenes sobrehumanas, cuya principal ocupación consiste en entregarse á las caricias de los musulmanes, sin perder jamás su pureza. Lutero se convenció igualmente de que, para atraer á su secta prosélitos, necesitaba halagar los malos instintos de los cristianos de poca fé; y, como estos mostraban repugnancia á confesar sus culpas á otro hombre, si quiera fuese en el confesonario el representante de Jesucristo, principió por negar el sacramento de la Penitencia, negación suficiente para que sus partidarios concluyeran por repetir que la confesión no estuvo en práctica hasta el siglo XIII, en que la inventó el Pontífice Inocencio III.

Cuánto desvarió! ¿No legisló ya Moisés acerca de los sacrificios que habian de hacerse para aplacar la ira de Dios contra los pecados de los hombres? (1) ¿No dijo aquel gran profeta: «El que confesare que pecó haga penitencia por su pecado? (2) ¿No se juntaron los israelitas en tiempo de Esdras «en ayuno y con sacos y tierra sobre sí, para confesar sus pecados y las iniquidades de sus padres, leyendo de pié el libro de la ley cuatro veces al día, y otras cuatro alabando y adorando al Señor su Dios? (3)» ¿No anunció San Juan Bautista la venida del Salvador, recomendando á las turbas que le seguían «que hicieran frutos dignos de penitencia, sin escusarse diciendo que tenían por padre á Abraham (4)» ¿No se leen en el Evangelio estas palabras, referentes al Bautista: «Y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados? (5)» ¿No dijo Jesucristo, después de conceder expresa y terminantemente á sus apóstoles *facultad para perdonar ó retener los pecados* (6), «que era menester que se predicase en su nombre penitencia y remisión de pecados á todas las naciones? (7)» ¿No aconseja uno de aquellos apóstoles de Jesús: «Confesad vuestros pecados uno á otro, y orad los unos por los otros, para que seáis salvos? (8)» ¿No nos habla San Ireneo, en el siglo II, de algunas incautas doncellas, miserablemente burladas por el hereje Marco, las cuales, convertidas al Cristianismo, buscaban en la confesión de sus culpas la paz de su alma? ¿No declaran los biógrafos de San Ambrosio, que esta gran lumbrera del siglo IV de la Iglesia oía con tanta caridad á sus penitentes, que lloraba al reprenderles y les movía á ellos á llorar, inspirados por verdadera contrición y arrepentimiento indescriptible? ¿Dónde hallar textos más irrecusables y explícitos? ¿Es siquiera juiciosamente razonable que los protestantes crean, como creemos los católicos, que aun cuando un adulto se arrepienta de sus errores, convirtiéndose

á la fé, no se hace cristiano si no recibe el sacramento del Bautismo, y á renglón seguido afirman que basta que un cristiano se arrepienta ante Dios para que se le perdonen sus pecados, sin acusarse de ellos ante el confesor, sin recibir el sacramento de la Penitencia? ¿Puede ofrecerse mayor contradicción? Seamos lógicos. ¿O los hijos del protestantismo desean convertir la religion de Jesucristo en una secta á estilo de la de Mahoma, cuyos fieles abren un agujero en la pared, dicen en él sus culpas y luego le tapan, en la seguridad de que el Señor se da por satisfecho con semejantes majaderías?

Los protestantes saben, como cuantos hemos leído la Sagrada Biblia, que Moisés aconsejó á los israelitas el respeto al Angel de la Guarda; que los magos «se postraron delante del Niño Jesús, le adoraron, y, abiertos sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra (1);» y que «Jesús se arrodilló para orar (2)» en el monte de las Olivas. ¿Cómo, no obstante saber todo esto, se atreven á burlarse de las manifestaciones exteriores, con que los católicos acompañamos nuestro culto?

¿Y qué diremos de su constante prurito en acusarnos de idolátras, porque reverenciamos á la Virgen María y á los santos, y nos postramos delante de sus imágenes y de las de Nuestro Señor Jesucristo? Qué puerilidades! Notorio es á todo el mundo que los católicos elevamos nuestras preces á la Virgen y á los santos, no en señal de adoración, pues solo al Supremo Hacedor se la debemos, sino en señal de veneración á seres tan bienaventurados, de los cuales nos dice el mismo Redentor que, resucitados á una existencia de dicha sin fin, «son como ángeles de Dios (3) que se gozan en el arrepentimiento de los pecadores (4);» y les veneramos porque, apoyados ellos en los méritos de la Pasión del Crucificado, interceden por nosotros al Omnipotente, á cuyo lado se encuentran por la divina gracia y las virtudes de su vida; y les festejamos, como festejaban los cristianos de los primeros siglos el natalicio de los mártires que morían por la fé. Respecto al culto de las imágenes, ¿no mandó Dios que se construyeran (5)? ¿No las construyó Salomón? (6) Por otra parte, cuando vemos el retrato de nuestra madre querida, cuya muerte nos sumió en la orfandad, ¿reverenciamos en él las tintas de que se compone, ó el objeto que representa? De igual ó parecido modo veneramos el objeto que representan aquellas sagradas figuras, no la materia, lienzo, piedra ó madera, que las forma; y nos arrodillamos ante ellas como David y los ancianos de Israel se arrodillaban ante el Arca Santa, llevándola pública y triunfalmente en procesion majestuosa.

(1) Levítico, c. IV, v y VI. (2) Id. V, 4 y 5. Véase el texto hebreo y los LXX. (3) II, Esdras, IX, 1, 2 y 3. (4) San Lucas, III, 8. (5) S. Mateo, III, 6. (6) S. Juan, XX, 23. (7) S. Lucas, XXIV, 46 y 47. (8) Epíst. del Ap. Sant. V, 16.

(1) S. Mateo, II, 11. (2) S. Lucas, XXII, 41. (3) S. Mateo, XXII, 30. (4) S. Lucas, XV, 10. (5) Exodo, XXV, 18. (6) Libro de los Reyes, VI, 35 y X, 19.

Una duda me ocurre. En España solemos cantar cuando estamos más desesperados. ¿Procurará el protestantismo, al intentar burlarse de nuestras ceremonias externas, ocultar las lágrimas de su lacerado pundonor en los pliegues de una sonrisa? No lo afirmaré, porque jamás acostumbro combatir con insultos ninguna manifestación del pensamiento; pero ¿no sería ciertamente para aquella secta una desgracia, digna de llorarse con lágrimas de hiel, tener que presentar frente á las célicas imágenes de Jesucristo, de una Virgen María, de un Pedro, de un Pablo, de un Jerónimo, de un Francisco de Asís ó de un Bernardo, las repugnantes en los conceptos moral y religioso de sus principales santones? ¿No sería vergonzosa deshonra para ella verse precisada á dirigir sus oraciones, como á medianeros entre los hombres y el Altísimo, al sacrilego fraile Lutero, marido de la monja Catalina de Boren; al comunista Munzer, cuyos planes de rapiña hubieran concluido por devastar toda Alemania á no ser por las tropas del landgrave de Hesse y del duque de Sajonia; al lascivo y ambicioso sacerdote Calvino, cuyo odio al Pontificado nació de no haber podido conseguir un pingüe beneficio eclesiástico; al adulterino Enrique VIII, quien, con la misma sangre fría con que arrojaba del palacio de Windsor á su bondadosa mujer Catalina de Aragon, veía subir al cadalso á su antigua querida Ana Bolena; ó á la hija de aquel rey, la inhumana y vengativa Isabel, la cual, después de tener encerrada en un castillo por espacio de veinte años á su prima la tan bella cuanto inocente María Stuard, se gozó en mandarles cortar la cabeza? Con tales santones, nada más lógico que el protestantismo procure, con todas sus fuerzas, ridiculizar y combatir el culto que tributamos los católicos á las imágenes de Jesús, la Virgen y los santos.

Protestantes, hermanos míos! ¿Hasta cuándo vais á permanecer subyugados por el error! ¿Cuán honda pena me causa oírlos maldecir de la misma cuna en que nacisteis!

Oh! La primera vez que entré yo en un templo protestante, sentí una melancolía indescriptible. Al tocar aquellas paredes desnudas, sin colgaduras, ni cuadros; al mirar aquellos espacios vacíos, sin luces, ni flores, ni altares; al escuchar aquel cántico, que de todos los bancos se elevaba, sentimental, quejumbroso, como el suspiro de un desterrado, como el gemido de un moribundo; mis ojos se inundaron de lágrimas, porque instintivamente se me representó la figura de un nuevo hijo pródigo, alejado de la casa paterna por el orgullo de Satanás; de un hijo desleal, que, después de vender á la vanidad la paz de su alma, había renegado de aquella que le había alimentado en su seno y ahora le llamaba en vano al buen camino, transida de dolor, anegada en un mar de llanto.

Protestantes, hermanos míos! ¡Con cuánto regocijo vería el Hijo del Hombre, desde su trono de luz divina, que volvíais, purificados en el bautismo del arrepentimiento, al regazo de vuestra madre!

Protestantes, hermanos míos! Al considerar que vosotros adorais al Dios que yo adoro, que vosotros invocais el nombre de Jesucristo que yo invoco, mi pluma quisiera dejar de combatirlos; pero es imposible.

Soy tal vez el católico más tolerante; mi mayor deseo, como el del gran Bossuet, sería el de que se reunieran en una sola todas las iglesias cristianas; no niego el talento de algunos de vuestros pensadores; ni desconozco los esfuerzos de vuestras misiones en las ardientes costas de Guinea y en las glaciales de la Península del Labrador, en China y el Japon, en Californias y en Australia; pero ay! que al oírlos, al leer vuestros escritos contra el dogma, de suyo inalterable, no puedo menos de recordar aquellas palabras de Jesús: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros con vestido de ovejas y dentro son lobos robadores (1),» ó estas otras: «¡Ay de vosotros que dais la vuelta á la tierra y al mar por hacer un prosélito, y, después de haberle hecho, le haceis dos veces más digno del infierno que vosotros (2)!»

ABDON DE PAZ.

TEATRO ESPAÑOL

¿No veis resplandecer en las obras dramáticas de la dorada edad de nuestro teatro, el espíritu elevado, generoso y caballeresco que animaba en aquellos gloriosos tiempos á la nación entera? Era época de afectos vigorosos, de creencias arraigadas, de empujados instintos. La fe, alma del mundo moral, lo dominaba todo: fe en la religión, fe en la monarquía, fe en la virtud. El honor no era, como hoy día, una idea, que se discute y se avalora: era un sentimiento, era un culto. Llegaba á veces, no lo niego, á la exageración; cosa es llana. Tenía, como todo culto, sus momentos de fanatismo; pero ¿quién se atreve á condenarlo? ¿Cuándo halló el hombre la medida cabal é inflexible de los grandes impulsos del alma? ¿Cuándo los justos y eternos linderos de la verdad moral? Yerro por yerro, es más bello el que nace de las fuerzas que crean, que de las fuerzas que disuelven; más noble el que brota del exceso de un sentimiento que engrandece y levanta, que el que emana de un móvil que enerva y esteriliza el corazón.

Error hermoso, el fanatismo del honor! Pudo llegar, y llegó muchas veces, al extravío. El mismo teatro antiguo lo patentiza. Solo recordaré, como ejemplo, los tremendos actos de desagravio de ofensas del honor en las tres admirables comedias, *El*

(1) San Mateo, VII, 15. (2) San Mateo, XXIII, 15.

Alcalde de Zalamea, García del Castañar, y A secreto agravio, secreta venganza.

En esos actos, hijos de una civilización materialmente ménos refinada, pero más enérgica y vigorosa que la nuestra, traspasa el honor la valla del deber, tal como lo establecen los principios regulares y acompasados de las modernas sociedades. Lejos de mí la idea de glorificar al honor que no sabe vivir dentro de los linderos de las leyes, y que hace al hombre sangriento juez de su propio decoro, tal como él lo entiende según las costumbres, las preocupaciones y el ímpetu idiosincrático de su índole personal. Pero hay que considerar que los personajes típicos del teatro antiguo español no son imagen inmediata de la vida práctica y real; son emblemas de carácter, como los del teatro griego, en que todo se engrandece y extrema para dar mayor fuerza y realce á las nobles creencias y á los altos sentimientos nacionales. Todos conocemos ahora, como conocía el público de Rojas y de Calderón, que hay algo violento é ilegal en la conducta de Pedro Crespo, de García del Castañar y de D. Lope de Almeida, que toman por su mano venganza de agravios personales. Pero aquel público sentía instintivamente, como nosotros, y acaso mejor que nosotros, que hay algo ideal y emblemático, algo grande y extraordinario en aquellos robustos caracteres, que anteponen, denodados é inquebrantables, la noble ilusión del honor á todas las contingencias reales y amargas de la vida. Entendido de esta manera el sentido moral del teatro español del siglo de oro, ¿cuál de nosotros se atrevería á condenar aquellos actos desmesurados como perniciosos á la sociedad y contrarios á los fines del arte?

La escuela dramática hoy en voga, desviada del campo de la fantasía, daña y calumnia á la sociedad, retratando con colores simpáticos el vicio y la deshonra, como circunstancias comunes y naturales de su sér moral. El *escepticismo* moderno, sujetándolo todo á controversia, acabó con las puras emociones de la fe, y su hijo el *racionalismo*, con mostrarse ahora tan sabio y orgulloso, no disipa las dudas, y, prendado solo de la realidad material, apaga el fuego del entusiasmo, fuente sagrada de toda inspiración, y da vida á la terrible enfermedad de nuestro tiempo, la *indiferencia*, funesta, entre todas, para las letras y las artes.

La juventud española, que se dedica á la literatura dramática, debe tener siempre en la memoria que el antiguo teatro de nuestra patria respira la grandeza heroica. Para aquellos autores, entre sí tan diferentes en índole y condición, los más altos y puros sentimientos no eran medios convencionales de interés escénico: eran su verdadera inspiración. Puede decirse que todo aquel teatro, vário, complejo,

inmenso, brotaba, como un raudal, de dos fuentes únicas: el fervor de la fe y la elevación de los sentimientos morales.

Aún no se ha agotado del todo el caudal de aquellos nobles sentimientos. El amor á la verdad y á la virtud nace con el hombre, y, aunque indiferente ó pervertida, no hay sociedad que no reconozca y aplauda aquellas dos luces del cielo, tesoros incomparables, con que Dios dotó al alma humana. *Verdad, virtud*: esas son las poderosas palancas de la conciencia, que obligan al hombre á hacer ceder sus pasiones á sus deberes. Presentadlas en el teatro con los ingeniosos y cautivadores atavíos artísticos, con que suelen vestirse la mentira y el vicio, y vereis cómo alcanzais triunfos mayores, más puros, más provechosos á la sociedad, más dignos de la misión moral del arte.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

EL CONSEJO DE UN PADRE

(Acto II de *El Alcalde de Zalamea*).

Por la gracia de Dios, Juan,
eres de linaje limpio
más que el sol; pero villano.
Lo uno y lo otro te digo;
aquello, porque no humilles
tanto tu orgullo y tu brio,
que dejes desconfiado
de aspirar con cuerdo arbitrio
á ser más; lo otro, porque
no vendas desvanecido
á ser ménos. Igua mente
usa de entrambos designios
con humildad; porque, siendo
humilde, con recto juicio
acordarás lo mejor;
y, como tal, en olvido
pondrás cosas que suceden
al revés en los altivos.
¡Cuántos, teniendo en el mundo
algun defecto consigo,
le han borrado por humildes!
¡Y á cuántos, que no han tenido
defecto, se le han hallado
por estar ellos mal vistos!
Sé cortés sobremanera;
sé liberal y esparcido;
que el sombrero y el dinero
son los que hacen los amigos,
y no vale tanto el oro,
que el sol engendra en el indio
suelo y que conduce el mar,
como ser uno bienquisto.
No hables mal de las mujeres:
la más humilde te digo
que es digna de estimación,
porque, al fin, de ellas nacimos.
No riñas por cualquier cosa;
que cuando en los pueblos miro
muchos, que á reñir enseñan,
mil veces entre mí digo:
—«Aquesta escuela no es

la que ha de ser, pues colijo que no ha de enseñarse á un hombre con destreza, gala y brio á reñir, sino á por qué ha de reñir; que yo afirmo que si hubiera un maestro solo que enseñara prevenido, no el cómo, el por qué se riña, todos le dieran sus hijos."

CALDERON.

EPISTOLA FUNEBRE

A mi querido primo Marino Torija y Escrich.

¡Conque te casas, Marino,
y te forjas la cadena
como hombre de poco tino,
en una noche de vino,
la noche de Noche-Buena!

¡Conque ya tomas estado,
y te acojes al redil
del hombre morijerado,
y serás pronto un casado
por la Iglesia y lo civil!

¡Conque ya estás decidido
á unirme en lazo de flores!
Ay, Marino, estás perdido!
¡Te lo asegura un marido
con veinte años de Dolores!

¡No piensas que si á tu esposa
le da en ser algo fecunda
tendrás prole numerosa,
y que la prole es la cosa
más fatal de la coyunda?

¡Sabes tú lo que es tener
en la cama á la mujer,
y entre ambos á los chiquillos,
que te ponen sin querer
perdidos los calzoncillos?

¡Y cuando á alguno le duela
la tripa y no este la abuela
para darle la papilla,
pasarás la noche en vela
meciéndole en una silla!

Ay, Marino! Ay, primo hermano!
Sé de más de un ciudadano,
que, á no temer á la ley,
daría un golpe de mano
á su esposa y á su grey.

Pero en fin, pues que la cosa
ya la tenéis arreglada,
que Dios te dé por esposa
una amiga cariñosa,
una amante enamorada.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

UN RAYO DE SOL

(Conclusion).

—Ah! aún tengo tiempo, dijo el alquimista, alentado por la esperanza. Pues bien, yo le aprovecharé.

Y dirigiéndose resueltamente á un estante, tomó un frasco de vidrio negro, se acercó á la redoma y vertió en ella un líquido cristalino como el agua. La mezcla continuó hirviendo; pero á borbotones. Un vapor blanquecino y espeso empezó á salir del recipiente y á subir en ondas hácia el techo.

Van-Horus se dirigió de nuevo á su asiento, se dejó caer en él, y hundió el rostro entre las manos.

—Me habré equivocado? se preguntó con terror. ¡Habré estado persiguiendo durante toda mi vida una idea para estrechar solo entre mis brazos un fantasma? Oh! No puede ser. La ciencia no miente; hay en la materia una ley invariable que lo dirige y regula todo; y esa ley jamás faltará.

Van-Horus, que empezaba á exaltarse, se levantó y comenzó á avivar el fuego del hornillo con actividad calenturienta.

—Quiero ser jóven, murmuró; quiero ser rico; quiero anegarme en placeres; quiero aspirar el incienso de la lisonja, embriagarme en triunfos. Siento dentro de mí la fiebre del oro y del amor... oh! y la apagaré.

Y el sabio iba y venia en medio de una agitacion extrema, añadiendo nuevas sustancias al líquido hirviendo de la redoma, abriendo y cerrando libros, trazando en la pared figuras misteriosas, consumiendo las horas que volaban en aquel trabajo de demonios.

El viento habia apagado su rumor, y la luz de la lámpara vacilaba en el estertor de su agonía.

Y las horas pasaban; y Van-Horus proseguía sin descanso.

El licor de la redoma se espesaba cada vez más, replegándose al fondo de la vasija. En los ojos del alquimista empezaba á brillar la esperanza. Sus manos temblaban de impaciencia; podían contarse en las sienas los latidos de sus arterias; y sus labios acompañaban el hervor del líquido con el tartamudeo de palabras incomprensibles...

De repente la lámpara se apagó. El resplandor del hornillo tiñó de rojo los objetos más próximos; la rígida silueta de Van-Horus tomó proporciones fantásticas; y desde el fondo de las huecas órbitas de sus cráneos pareció que velaban los esqueletos la temerosa verdad de aquella escena.

Al través del alto tragaluz una débil claridad comenzó á dibujarse en el cielo.

Van-Horus miró anhelante la redoma enrojecida al fuego del hornillo; el líquido se habia convertido en una masa rojiza, que empezaba á amarillear.

Solo se escuchaba en el laboratorio la respiracion agitada del alquimista y el gorgoteo de la sustancia, cada vez más espesa, que se hinchaba y se deprimía en el fondo encendido de la vasija de vidrio.

A aquel monótono rumor pronto empezaron á unirse otros rumores, venidos de fuera. La naturaleza despertaba; se oía el murmullo de la brisa de la mañana, el gorjeo de los pájaros, el mugido poderoso del mar, todo ese himno radiante de la creacion á la luz.

Van-Horus volvió rápidamente la cabeza, miró el espacio teñido por el alba de púrpura y de oro, y

lanzando un rugido, se precipitó sobre un reloj de arena colocado sobre la mesa. ¡Había dejado caer su último grano! Lo cogió y lo arrojó violentamente contra el suelo.

Entonces la luz llena del día inundó la atmósfera y se reflejó en la estancia.

El alquimista contempló por postrera vez su obra, y un grito salvaje de alegría se escapó de su garganta. Era aquella, sí, era aquella la redoma, aquel el hornillo, aquel el fuego que había estado sosteniendo toda la noche; pero en la vasija ya no hervía la sucia y amarillenta sustancia, que tanto le había impacientado. El prodigio se había realizado; tenía ya en la mano el talismán de su felicidad. Una cosa extraña brillaba en el fondo caldeado del receptáculo; el vidrio centelleaba y arrojaba mil chispas de luz; el fuego del hornillo palidecía junto á aquella masa de oro, que bullía y se agitaba temblorosa, prometiéndole un mundo.

Van-Horus dirigió hácia arriba una mirada de orgulloso desafío, y se precipitó sobre la vasija, que quebró en mil pedazos.

Un chirrido espantoso resonó en el laboratorio; elevóse del hornillo un vapor espeso y sofocante; y el sabio lanzó un rugido de dolor y desesperación. Había palpado la nada... La redoma ya no existía, la masa de su interior se había evaporado... Únicamente un rayo de sol, puro y sonriente, atravesando los hierros del alto tragaluz, teñía de oro los fragmentos de vidrio esparcidos por el suelo. Era el saludo del nuevo día, que señalaba el término de una impía locura.

Dejóse oír una carcajada burlona en la penumbra, allá en un rincón del aposento, y la voz inverosímil, que no parecía salida de garganta humana, volvió á repetir:

—Insensato! Acuérdate de que la felicidad sobre la tierra es un rayo de sol, que dora cuanto toca; pero cuyo tesoro jamás el hombre podrá encerrar en su mano.

AMALIO GIMENO.

PENSAMIENTOS

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

CERVANTES.

En un viejo una mujer
es en un olmo una hiedra,
que, aunque con tan varios lazos
la cubre con sus abrazos,
él se seca y ella medra.

LOPE DE VEGA.

Jamás se fundó Estado alguno sin que la religion le sirviese de fundamento.

J. J. ROUSSEAU.

El gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.

TRISO DE MOLINA.

No permitas, patria mía, que se te arrebathe la gloria de honrar á los dioses. ¡Aquel que no conoce su precio raya en los límites de la locura!

SÓCRATES.

... Tengo por disparate
el guardar á una mujer,
si ella no quiere guardarse.

CALDERÓN.

MISCELANEA

Hemos recibido un ejemplar de la «*Fórmula de la Metrología Universal*», con aplicación á 1954 pesas y medidas, usadas en los 97 ayuntamientos de la provincia de Orense. Es un trabajo concienzudamente hecho que honra á sus autores, D. Juan Jacobo Calvo, ingeniero almotacen de aquella provincia y don Antonio Valcárcel, catedrático de aquel instituto.

Los periódicos extranjeros refieren la siguiente curiosa historia. Por el año 1847 había en un convento napolitano un monje, que poseía una voz de tenor tan notable que se la comparaba con la del célebre Fraschini, entonces en la fuerza de su juventud y en el apogeo de su talento. El padre Abraham, tal era su nombre, llamó la atención de Fernando II, que le invitó á cantar en la capilla real, y bien pronto entre el público *dilletanti* de Nápoles no se habló más que del tenor misterioso, que hechizaba los piadosos oídos al expresarse como un ángel. Un día el padre Abraham, enorgullecido con el éxito alcanzado en la capilla, y deseando los aplausos de la escena, colgó los hábitos y se marchó á Londres, donde se hizo cantante de un teatro. Con el nombre de Arturo Gentil recorrió la América, conquistando en todas partes laureles y *dollars*. Pero como nada es duradero en este mundo, la fortuna, que hasta entonces le había favorecido, le vuelve de repente la espalda. Nuestro tenor exaustado, que se casó durante el curso de sus peregrinaciones artísticas, compromete sus ganancias en especulaciones aventuradas. Se dice que un mal no viene solo, y, en efecto, con su fortuna perdió aquella voz maravillosa, que le había sacado de su retiro. En vano para recobrar lo perdido se convierte en empresario; en vano intenta negocios, porque la miseria no tarda en llamar á su puerta. Perseguido por sus innumerables acreedores; volvió hace poco al convento de frailes, donde había pasado su juventud, y, abjurando sus errores, llorando sus faltas, el desgraciado tenor fué recibido por sus antiguos compañeros con los brazos abiertos, cual otro hijo pródigo. Arturo Gentil ha muerto; el padre Abraham ha resucitado.

Rogamos á aquellos de nuestros favorecedores, cuyo abono concluye en fin de este mes, se sirvan no demorar su renovación. Rogamos además á todos nuestros ilustrados lectores nos dispensen el honor de propagar esta revista, por cuantos medios estén á su alcance, pues solo así pueden suplirse las pérdidas ocasionadas por el estado de algunas provincias con el aumento de circulación en otras. Para contrarrestar el sin número de contrariedades, con que hoy tiene que luchar en nuestro país toda empresa periodística, solo contamos con el favor del público; y en él confiamos al dedicarle con entera fe nuestros desvelos.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.